

**Las moscas muertas hacen heder y dar mal olor al perfume del perfumista; así una pequeña locura, al que es estimado como sabio y honorable. (Ecl 10:1)**

Algo muy propio de la naturaleza humana es la inclinación a magnificar más los errores de los demás que sus virtudes, tanto que en un momento se puede echar a perder el prestigio del prójimo no importando cuánto buen nombre haya ganado en su medio social; *es obvio que el error de un sabio no menoscaba la sabiduría, pero es un buen pretexto para que los necios busquen usarlo para justificar la propia insensatez.* El hombre que escribió las palabras del texto titular, sin duda para muchos no cometió pequeñas locuras, sino locuras dignas de juicio, mayormente para los que su fe descansa sobre prejuicios religiosos, cuyo cuestionamiento inmediato frente a esta realidad, aunque no lo expresen, es que, cómo es posible que se le haya dado el privilegio de que sus escritos formen parte de la sagrada Escritura y se les dé el título de sapienciales; lo que los corazones prejuiciosos no alcanzan a ver es que si Dios tuviera en cuenta las pequeñas o grandes locuras que cometen los hombres, para determinar el destino eterno de ellos, entonces no habría quién quedara de pie delante de Él (Sal 103:10-14); tampoco alcanzan a distinguir que no es lo mismo cometer locuras que justificarlas, nunca encontramos en las Escrituras a ningún hombre temeroso de Dios que justifique sus errores, sino todo lo contrario, el mismo rey David en medio de sus terribles locuras escribió: *Y no entres en juicio con tu siervo; porque no se justificará delante de ti ningún ser humano* (Sal 143:2). Lo que sí no deja de ser cierto, es que el prejuicio humano hace contar más la tontería más ligera que la sabiduría más respetable, esto ha sido bastante visto en el devenir humano, aquí y allá, protagonizada por la moralidad o la religiosidad recalcitrantes versus la debilidad propia del hombre, el colmo de ausencia de misericordia de estos jueces, que es su característica principal, es que ni el mismo Jesús de Nazaret quedó exento de ser blanco de su ataques, puesto que a los ojos de ellos no era más que un hombre común y corriente con pretensiones de Mesías, de quien sólo les era relevante que se sentara a comer con pecadores y publicanos (Mt 9:11), que se dejara tocar por alguna mujer de mala nota (Lc 7:39), que comiera sin lavarse las manos (Mt 15:2), que hiciera lo prohibido en día sábado (Mt 12:2), que comiera carne y bebiera vino (Mt 11:19), y una lista más de cosas que transgredían sus costumbres morales y religiosas (Mt 23:4); ante esto podríamos decir: si la enjuiciadora naturaleza humana hizo esto con Jesús, qué nos esperamos los hombres comunes y corrientes; esta es la razón por la cual Jesús dice: *Porque si en el árbol verde hacen estas cosas, ¿en el seco, qué no se hará?* (Lc 23:31). Ahora bien, ante esta realidad cuál debe ser la actitud que una persona nacida de nuevo debe tener, es decir, que vive la vida cotidiana en la fe del Hijo de Dios, pues, sin duda, la que está bajo el gobierno de la misericordia de Dios, que siempre se pregunta ante la debilidad de su prójimo: ¿Y, si yo estuviera en su lugar?, que entiende bien las palabras del apóstol al respecto: *considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado.* (Gal 6:1); baste ya la incomodidad y vergüenza que la persona que ha caído en alguna locura está sintiendo, obviamente que esto no incluye a los desvergonzados, se trata de las personas que son tenidas como sabias y honorables, a quienes queda el dicho popular: "En el pecado lleva la penitencia". Hemos de hacer bien la diferencia entre caer en una locura y vivir en la locura; la generación que nos ha tocado vivir parece inmersa en ella, a quien queda bien lo que el apóstol Pablo escribe al decir: No os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará (Gal 6:7). La palabra sembrar habla no de un error, sino una práctica a la cual se trata de justificar; y es común oír decir a quien comete un error: soy humano; esta expresión no va con alguien que confiesa que ha conocido la verdad del Evangelio, éste simplemente reconoce su error y procura no reincidir, buscando además restaurar el daño a quien o a quienes haya ofendido con su conducta. Por lo tanto, podemos concluir diciendo: *Así que, el que piensa estar firme, mire que no caiga* (1 Cor 10:12).

Tu hermano el predicador

Fernando H. Nava